

LA MADRE DE FAMILIA.



REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA
aprobacion eclesiástica,
y bajo la direccion

DE
E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, seccion
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propósi-
to para la instruccion
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Es'te periódico sa-
drá los días 8, 14, 23 y
30 de cada mes, y cons-
tará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO

ES EL
DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
cion de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, y que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mutuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre,
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenecen.

8 de Julio de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 8.

SUMARIO.

Santiago, Patron de España.—La flor del cielo, por
doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Á mi padre en
sus días, por don Juan Vega.—Calvario y Reden-
cion, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—La
senda del cielo, seccion doctrinal, por id.

SANTIAGO, PATRON DE ESPAÑA.

Las naturales consecuencias de dos sucesos
de índole diametralmente opuesta, concurrieron
á dar un resultado que forma una de las mas
brillantes páginas de nuestra historia, tan rica
en gloriosos hechos.

Nunca el infame Mauregato, el hijo bastardo
del primer Alfonso y de la esclava mora, hubie-

ra ocupado el noble trono de los reyes de Astú-
rias, que de derecho pertenecía á D. Alfonso
llamado *el Casto*, si á las turbulencias de la épo-
ca no hubiese unido en su apoyo las lanzas de
Abderraman I el Beni Omeya, primer Califa de
Córdoba, no vacilando para obtenerlas, en fir-
mar el mas villano tratado que registran los
anales del mundo, y por el que se obligaba á
entregar todos los años cien doncellas, cincuen-
ta nobles y cincuenta del pueblo. Es cierto que
tan bochornoso tratado no habia de cumplirse,
puesto que ni el activo carácter español lo con-
sentia, ni las luchas civiles entre los moros, con
motivo de la separacion de su gobierno del Ca-
lifato de Damasco, los ponían en estado de exi-
gir su cumplimiento; pero cual otra espada de
Damocles estaba este borron sobre la frente de
los asturianos, y siempre permanente el derecho

de los moros de buscar en el pago de este tributo un motivo para nuevas guerras de esterminio contra aquel pobre rincón, acosta de tanta y tan noble sangre conservado. Así había de suceder, y así sucedió, como veremos mas adelante.

Desengañado de las grandezas humanas el bueno y prudente Bermudo I, llamado el *Diácono*, y deseoso de ocuparse de su eterna salvación en el fondo de un claustro, colocó en el trono á Alfonso II, monarca que se distinguió por sus victorias contra los moros y mas por sus virtudes y religiosidad, que se vió premiada con el descubrimiento del sepulcro del Apóstol Santiago, que extendió la fé de Cristo en España, y cuyo cadáver, obedeciendo sus deseos, trajeron sus discípulos á nuestra patria desde Palestina hacia ya mas de ocho siglos, y lo enterraron en Galicia cerca de Iria Flavia. Advertido Teodomiro, obispo de Iria, de que en un monte próximo se veían todas las noches vivísimos resplandores, se convenció de ello por sí mismo, y atribuyendo á miras celestiales tal prodigio, hizo desmontar el terreno y escavar en el lugar de donde salían las luces, encontrando al fin la tumba de mármol del Santo Apóstol, hasta entonces ignorada. Avisado el Rey, y comprendiendo la manifiesta voluntad del Santo Apóstol de que á sus cenizas se les diera el debido culto por los mismos en quienes difundió la luz del Evangelio y que con tan predilecto amor miró siempre, elevó el primer templo de Santiago en el mismo paraje en que estaba el sepulcro, y que se llamó Campo del Apóstol, y de aquí tal vez Compostela.

Fueron tantos y tan maravillosos los milagros que en el sepulcro se obraron, que la devoción creció, se formó la convicción del apoyo decidido de Santiago por los españoles cristianos, y de nada justo se dudaba con solo encomendarse á Santiago. No solo de España, de todas partes de Europa y aun de Asia y África, acudieron peregrinos, ya en busca de salud, ya de calma para sus conciencias, ya en demanda de apoyo para empresas grandes, ya en acción de gracias por favores recibidos. De todas partes acudían á adorarle y todos quedaban consolados de sus pesares. Reyes, magnates, pobres, mujeres, todos le invocaban en sus necesidades. Esta fé siempre creciente había de obtener una recompensa digna de quien la inspiraba, y no pasaron muchos años sin que unidas las consecuencias del primer suceso que hemos narrado con las de la invención del Sepulcro de Santiago, dieran en Clavijo gloria á nuestra patria y legítimo orgullo á todos los españoles.

Corría el año 822 de nuestra era, cuando ocupó el trono de Córdoba el Califa Abderrahaman II, llamado *Almudhafar* (vencedor feliz.) Y en efecto, nunca con mas justicia se dió un sobrenombre. Mil veces victorioso de todos sus enemigos, sofocó las discordias intestinas, en que ardía el califato. Tomó á Barcelona y Urgel, obligó á los intrépidos catalanes á guarecerse en sus elevadas peñas, y aterró á los francos. Prueba de su poder y de la fama de su nombre fueron la solemne embajada que le enviaron los griegos, pidiéndole su apoyo contra el Califa de Bagdad, y los vasco-navarros pidiéndole alianza contra los francos, que aceptó, y en Roncesvalles, por segunda vez fueron derrotadas las huestes francas, así como cerca de cincuenta años antes lo habían tambien sido con su emperador Carlo-Magno á la cabeza. Tanta gloria, tanto poder habían de cegar á Abderrahaman, que ya no pudo ver se fomentase con la paz el pequeño y pobre reino de Asturias. Envio pues, una embajada á Ramiro I, (el de la vara de la justicia) que ocupó el trono en el año 842, exigiendo el pago del tributo de las cien doncellas. Solo su caracter inviolable, y la protección real, pudieron impedir que el pueblo despedazase á los embajadores. Tan noble y justa cólera arrebató á los dignos astures al tener conocimiento de tan vil pretension!

Prelados, sacerdotes, nobles, plebeyos, niños, ancianos, cuantos pudieron empuñar un arma ó lanzar una piedra, se aprestaron á la lucha, y Ramiro al frente de su numeroso ejército de gente visóna é indisciplinada, pero ébria de patriótico entusiasmo, salió de Leon en dirección á la Rioja, y cerca de Logroño, á la inmediación del pueblo fortificado de Albelda, encontró al ejército enemigo compuesto de las mas brillantes huestes de toda la España árabe y de Marruecos y otros países de África; ejército muy superior en número al cristiano y formado de gente aguerrida y disciplinada, y finalmente, mandada por el invencible Abderrahaman II.

No podía ser dudoso el resultado de la batalla. Todo el día combatieron. En vano el Rey, los prelados y abades; y los nobles barones del reino hicieron prodigios de valor, en vano se lanzaron mil veces con desesperado furor á romper la muralla de lanzas enemigas, en vano ya en cortos grupos, ya en masas compactas cerraron contra el infiel; nunca consiguieron deshacer el terrible anillo de hierro que por todas partes los envolvía. La noche, con su negro manto, veló tantos horrores, y el desgraciado Ramiro pudo con su sombra recoger los tristes restos de su ejército roto ya, destrozado, sin

alientos sin esperanza. Retiróse á una loma inmediata donde se atrincheró, sin mas objeto que hacer mas larga su agonía.

Presa el Rey de mortal congoja, sufrió mucho, lloró mucho y tambien oró mucho, y estando en oracion le sorprendió el sueño. No bien cerró los ojos, vió á Santiago que le dijo: «Alienta, Ramiro, ten fé, yo nunca abandono á los españoles cristianos. Mañana, al salir el sol, cierra contra los moros; yo combatiré á vuestro frente.» Despertó sobresaltado el Rey, y convocó en el acto á los prelados y próceres, y les refirió el suceso, diciéndoles: «Cristiano soy, fé tengo. Santiago es nuestro Patrono.» Difundiose en el momento tan fausta noticia, y habiendo ordenado Ramiro que todos confesasen sus pecados y comulgasen, así se hizo antes de amanecer, siendo tan grande la alegría y la confianza de aquellos soldados, poco antes tan desalentados y sombríos, que ardian en impaciencia por ver salir el sol y cerrar con los enemigos de la fé.

Al primer rayo del sol naciente salieron los cristianos con irresistible ímpetu, y cayeron sobre los moros, que no podian comprender tanta osadía en un enemigo á tan mísero estado reducido. Sorprendidos por todas partes, acometidos con furor, empezaban á retroceder, cuando alzando la vista vieron en un caballo blanco como la nieve á un anciano de figura celestial vestido con flotante túnica blanca y una bandera blanca con cruz roja en el centro. Fué tal el terror de los moros, que ciegos huían precipitándose unos sobre otros, arrojando las armas, y aun ellos mismos pegando el rostro contra la tierra. Por el contrario, los cristianos, llenos de fé y entusiasmo, gritaban: ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Á ellos! ¡Cierra! ¡Cierra! ¡España! ¡España! Sesenta mil guerreros moros quedaron muertos en el campo sin contar los que acuchillaron en la persecucion hasta Calahorra. Esta plaza y Albelda fueron recuperadas, y tomadas en esta jornada muchas poblaciones y castillos, siendo la principal *Clavijo*, cerca de la cual fué la batalla, cuyo nombre tomó, y es hoy un sinónimo de gloria y honor en nuestra España.

Grandes donativos hizo el Rey á la iglesia de Santiago. Le señaló crecidas rentas, innumerables privilegios é inmunidades, y su esposa la reina D.^a Paterna tenia tal devocion, que empleaba en el culto y enriquecimiento del Sepulcro del Santo Apóstol cuanto podia economizar en los gastos de su propia casa y cámara.

Con los despojos fabricó el Rey una magnífica Iglesia á Nuestra Señora en Oviedo y un templo á San Miguel en el lugar del combate. Fué el

Apóstol declarado el primer Caballero de España, y en los repartos de botin se separaba lo primero una parte para su Iglesia, tanta cuanta correspondia por las leyes á un guerrero de á caballo.

C. S.

LA FLOR DEL CIELO.

NOVELA ORIGINAL.

(CONTINUACION.)

—¡La muerte! la muerte... murmuró el Baron: casi tiene razon! pero supuesto que es así, gocemos hoy, ya que todo terminará en el sepulcro mañana.

—¡Oh! no todo! exclamó con calor Marina: podrá extinguirse la palabra que modula nuestro labio, paralizarse el movimiento del corazon que late en nuestro pecho, apagarse la luz de nuestros ojos, pero la llama que alienta en nuestra alma, la fé y la esperanza que sostienen nuestro espíritu, esa, señor, ni se apaga, ni vacila, ni se extingue, porque es hija de Dios y es eterna, inmutable é imperecedera como Él!

—Esas teorías...

—Encierran una verdad que yo conozco, que yo siento dentro de mí.

—Tú! ¡gran doctora! gran autoridad por cierto y cuyas palabras seria imposible poner en duda! dijo el anciano mirando á la niña con una especie de irónica lástima, que pasó desapercibida para la inocente Marina.

—¡Oh! Sí; yo sé que V. piensa como yo, y que participa de mis creencias; pero existen por desgracia algunos que opinan de otro modo.

—¡Ah! ¿Tú sabes...?

—Sí, señor. El otro dia, y sin poder evitarlo, escuché la conversacion que sostenian en el comedor algunos amigos de Alberto.

—¿Y qué decian? preguntó el Baron con disgusto.

—Mil cosas terribles: en primer lugar... algo parecido á lo que V. manifestaba hace un momento... que todo acaba al borde de la tumba... que no hay un más allá... ¡Desgraciados! ¡Qué desventurado será el que piense así, ¿no es verdad?

El anciano dudó un momento, y al fin guardó silencio no encontrando una respuesta que dar á Marina.

—Efectivamente, él carecía de muchos consue-
los al carecer por completo de fé!

El acento puro de la niña se dejó oír de nue-
vo, modulando palabras sencillas como su can-
dor, y suaves como su alma.

—¡Oh! dijo: si á una jóven ignorante y humil-
de como yo, le hubiera sido posible alternar en
la conversacion de aquellos hombres que se juz-
gaban sabios, con una sola frase les hubiera
convencido de su error y del mal que hacen en
pensar así.

—¡Una sola frase! ¿Y cuál és, si no tienes in-
conveniente en pronunciarla? murmuró el Baron,
interesado á su pesar en la conversacion, aun-
que conservando siempre su aspecto irónico y
extraño y frio.

—¡Oh! sí, señor; se apresuró á exclamar Ma-
rina: yo les hubiera dicho: vosotros negais que
existe un Dios que premia y castiga; negais que
existe una eternidad, y ajustais vuestras acciones
á esta creencia; pero ¿y si la hubiese? ¿Y si al
borde del sepulcro estuviera la puerta de esa
otra vida? Si en el dintel de la eternidad hallá-
seis á ese Dios de que dudais ahora, ¿qué po-
drías hacer para remediar el tiempo pasado!
Mas si por el contrario, y si como vosotros pen-
sais, no existe nada tras la muerte, ¿qué mal os
causaría el haber creído en ello? Contestad,
pues, á mi pregunta y decid conmigo por un
momento, ¿y si fuese verdad?

El Baron frunció las cejas, y por su frente
contraída pasó una nube imperceptible.

En aquel instante, y por el sitio opuesto al
que se encontraban, se oyó el eco de una voz
firme y varonil tarareando una cancion poco edi-
ficativa.

La mirada del Baron se tornó mas sombría, y
las mejillas de Marina se tiñeron de rubor.

El que cantaba así era Alberto.

—Déjanos solos, exclamó el anciano; déjanos
solos, Marina. Tengo que hablar con mi hijo, y
ya que le veo acercarse no quiero perder esta
ocasion.

—Sin duda viene á darme las buenas tardes
como todos los dias. ¡Oh! le saludaré al pasar;
y la niña cogió sus flores y echó á correr por
la calle de árboles por donde, aunque á larga
distancia, se distinguía ya la figura de Alberto.

El anciano la vió partir pensativo y sombrío,
murmurando con opaca voz,

—¡Si fuera verdad!

Guardó silencio de nuevo, é inclinó un ins-
tante la cabeza sobre el pecho, como agoviado
por un profundo pensamiento.

—Si fuera verdad! repitió, ¡oh! entonces qué

vida tan estéril y qué porvenir tan incierto y
tan terrible!

Pasó despues la mano por sus sienes, echó
hacia atrás algunos mechones de blancos cabe-
llos, y recobrando su expresion sarcástica é in-
diferente,

—Locuras! dijo, locuras de esa niña, á quien
quizá empiezo á amar demasiado. Bah! Dejemos
esto, y veamos si puedo hacer entrar en razon á
ese botarate de Alberto, que se niega de un mo-
do incomprensible á ceder á mis deseos. No; y
ya no es posible aguardar más: sin ese matrimo-
nio nos veremos perdidos, reducidos á la mise-
ria, á la ruina... no, no: le hablaré con energía,
le dire la verdad, y no pasará de hoy, de este
mismo instante, ya que la suerte le ha traído
hasta mí.

Alberto en aquel momento llegaba junto á su
padre.

Si nos hubiera sido dado contemplar su sem-
blante algunos segundos antes, hubiéramos po-
dido comprender la completa trasformacion que
se habia operado en él.

Al ver acercarse á Marina, la cancion habia
espirado en sus labios y algo de dulce y suave
y santo, habia reemplazado en su rostro á la
expresion burlona y fria que le caracterizaba de
ordinario.

Su mirada se habia hecho cariñosa y amante
y casi buena: se habia detenido involuntaria-
mente, y como si experimentase una timidez
extraña en él y agena por completo á sus usos
y á sus costumbres, y cuando la jóven llegó
junto á él, y le dijo con su dulcísimo acento,

—Buenas tardes, Alberto

su corazon experimentó una emocion tan pro-
funda é inexplicable como si oyera por primera
vez aquella voz, ó como si aquellas sencillas pa-
labras encerrasen un mundo de promesas y ca-
ricias y venturas.

—¿Te vas, Marina? Pudo solo contestar, vien-
do que la jóven no se detenía y que iba á prose-
guir su camino.

—Sí, señor. El Baron está esperando á V. E.:
creo que quiere hablarle y me ha mandado que
les deje solos.

—V. E.! V. E.! ya te he dicho Marina, que
jamás me des ese tratamiento, pues en tus la-
bios me hace daño.

—Sí, ya sé que tiene V. la bondad de querer
que le diga solo Alberto; pero á veces me suelo
equivocar, y luego... media tal distancia entre
nosotros!

—Oh! ninguna! Yo te ruego que la olvides y
que procures que te inspire un poco de respeto
ménos, y un poco de cariño mas!

—Y ¿quién ha dicho que lo uno puede excluir á lo otro, murmuró la niña con indescriptible dulzura. Yo le amo á V. mucho, mucho, y todas las mañanas y todas las noches su nombre es el primero que mezclo en mis oraciones. Pero no quiero detenerlo. El señor Baron le espera, y á los padres no se les debe hacer aguardar.

Y ligera y rápida como un pájaro, Marina se alejó de Alberto que la contemplaba extasiado, hasta que el último pliegue de su ligera falda desapareció tras la puerta que conducía al interior de la casa.

Entonces, y como si se hubiera roto el encanto que le sujetaba en aquel sitio, Alberto dió algunos pasos hácia adelante, encontrándose un momento despues frente al asiento que ocupaba su padre.

El anciano fijó en él una mirada un tanto severa, y exclamó con mal reprimido disgusto:

—Gracias á Dios que te dejas ver! Dos ó tres veces he preguntado á tu ayuda de cámara, y siempre me ha dicho que te hallabas fuera de casa.

—Y así era en verdad: ya sabes que estoy poco en ella.

—Si; ya sé que inviertes el tiempo en... Pero no se trata de eso. Yo necesitaba hablarte porque es forzoso que esta situación termine, y que te decidas á escuchar mis consejos.

—Tus consejos! ¿Puedo saber sobre qué?

—Sobre tu matrimonio con la única hija de ese rico banquero americano, que se ha hecho mi amigo, y cuyos millones serian un excelente medio de reparar tu fortuna.

—Mi matrimonio! no hablemos de eso! ya te he dicho que esto es imposible.

—No creas tal! Rafael Mendez, á pesar de su inmensa fortuna, anhela enlazarse de algun modo con la aristocracia madrileña, y estoy cierto que te admitirá por yerno á pesar de la poca fortuna que puedes ofrecer á su hija.

—No es la voluntad de Mendez el obstáculo que tiene semejante proyecto; es otro mas grave y mas imposible de vencer.

—No sé de cual hablas.

—¿Olvidas que Marina...?

—Tu hija tiene su porvenir asegurado. Harto sé que cometiste la gran locura de poner toda la legítima de tu madre en cabeza de esa niña, pero esto no impide...

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

FELICITACION.

Hoy que el ave parece
Lanza su canto
Con acento mas dulce
Que de ordinario,
Tambien yo quiero
Cantar: escucha padre
Lo que deseo.

Quiero, que cual la brisa
Que juguetona
Agita del ramaje
Las verdes hojas,
Tú feliz seas
Olvidando pesares
Que tener puedas.

Que al lado de esa madre
Tan adorada
Una paz hoy disfrutes
Muy envidiada.
¡Solo el sosiego
Exista en la morada
De mis abuelos!

Quiero que te acuerdes
Con alegría
El beso que te daba
En otros dias,
Tu amado hijo:
Que aunque ausente me hallo
Tambien le envio.

Quiero que al ver el lecho
Do yo he dormido
Y á darme un beso ibas
Padre querido,
En este dia,
Recuerdes á tu hijo
Que no te olvida.

Quiero que al ver el sitio
Dó me sentaste
Dándome de amor lleno
Dulces manjares,
Tan solo quiero
Me dediques entonces
Padre, un recuerdo.

Yo tambien, cuando el alba
Hoy me despierte,
Mi primer pensamiento

Pienso ofrecerte:
Y presuroso
Cogiendo tu retrato
Darle mil ósculos.

Y despues cuando el eco
De la campana
Oiga: ir anhelante
Á la morada,
Del rey de reyes;
Pedir cual te recuerdo
Tú me recuerdes.

Un asiento en mi mesa
Preparar pienso
Que aunque vacío se halle
Le verá lleno:
Pues mi memoria
Verá en él la persona
Que mi alma adora.

Esto quiero: esto pienso
Hacer, y que hagas:
No olvides padre al hijo
Que tanto amas,
Y en este día
Solo respire el pecho
Dulce alegría.

Que seas, cual la brisa
Que juguetona
Murmura entre el romero
Y entre las rosas
Solo cariño;
Esto querido padre
Tan solo ansío.

Mis hijos y mi esposa
Tambien te envian
Ósculos amorosos
En este día
Gritando; abuelo....
Padre.... que feliz seas
Quiera hoy el cielo.

Al oir estos gritos
Tan espontáneos,
Lanzar, porque recuerdan
Que hoy es tu santo
Mis ojos lloran:
Les abrazo, y mil besos
Les da mi boca.

Entonces á mi mente
En tropel loco
Se agolpan pensamientos

Y sueños de oro
Que pasan rápidos
Viendo un porvenir lleno
De desengaños.

Porvenir que cual noche
De invierno crudo,
Helado se presenta
Y azaz oscuro
Si no se rasga
El velo que le cubre
De luto y lágrimas.

Mas no quiero á tus ojos.
Que mis recuerdos,
Hoy les anegue el llanto;
Por eso ceso.
Mi adios te envio,
Que Dios feliz te haga,
Padre querido.

JUAN VEGA.

Villagarcía del Campo 24 de Junio de 1878.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Valeria de Aguilar á su amiga Enmunda.

Hace algun tiempo, Edmunda, que no te doy noticias mias, y este silencio quizá te haya hecho pensar que te olvido, ó que no eres como siempre la depositaria de mis secretos.

No, amiga mia, no: en mi alma no puede haber mudanza para tí, porque eres la sola que me comprende, la sola que me ve tal cual soy, sin ese velo de mentida apariencia en que para todos estoy envuelta, y tu cariño es el solo en que puedo tener fé, porque me amas tal como soy.

Tú, buena, dulce, tímida y sencilla, has conocido mis instintos, mis ideas, mis resoluciones, y sin embargo, no te has separado de mí, no has rechazado mi amistad, y por lástima ó por indulgencia no me has retirado tu cariño: aquel cariño que era un enigma para nuestras demás compañeras de colegio.

En cuanto á mí, has sido la única persona á quien he admirado sinceramente, la sola que

ha dominado mi corazón con los suaves lazos de la ternura.

Y es tal este afecto, es tal este poder de tu alma sobre la mía, que no me atrevería jamás á ocultarte uno solo de mis sentimientos, ni el mas ligero pliegue de mi corazón podría dejar de estar patente á tus ojos. Me avergonzaría de ello, Edmunda, y me creería rebajada á mis propios ojos, si recurriera á la falsía para conservar tu afecto.

Además, cuando nuestros sentimientos son demasiado tempestuosos, demasiado violentos, no caben en nuestro pecho solo, y necesitan alguna expansión, algún desahogo, como esas grandes máquinas donde el vapor es el poderoso móvil, necesitan de vez en cuando darle un momento de salida, para amortiguar su violencia, porque si no estallarían y se harían mil pedazos, destruyendo á la par cuanto encontrarán en torno.

Es forzoso, pues, Edmunda mía, que yo te cuente mis inquietudes, mis esperanzas, mis tormentos.

Después de haber luchado, tú lo sabes; después de haber agotado todos los medios para crearme una fortuna; después que á manos de la fatalidad, ó de los sucesos preparados por mí, ví morir á mi madrastra, y reducida á la impotencia á mi hermana, únicos obstáculos que se alzaban ante mi paso, hoy ya te lo he dicho, Angelina, en el pleno goce de la razón, llena de vida, de esperanzas de juventud, se interpone en mi camino, y con una palabra, con un ademán, en un momento, se hará dueña de esas riquezas que juzgaba ya mías, despojándome de todo cuanto creía obtener!

De todo! lo entiendes Edmunda; porque mi padre ha arriesgado en atrevidas empresas el fruto de sus trabajos, y hoy solo posee el caudal de Blanca, caudal inmenso, es verdad pero que debe pasar íntegro á poder de Angelina, cuando esta tome estado ó llegue á la mayor edad, si antes no busco los medios para impedirlo ó evitarlo.

Ya ves que la alternativa es terrible, y que no debo vacilar.

Si mi hermana, que nada sabe aun de las cuestiones de la vida, renunciase á sus derechos y se decidiera á entrar en un convento, todo estaba terminado.

Pero temo que un hombre abra sus ojos á la verdad, y le haga conocer lo que puede obtener y lo que puede esperar. Este hombre es Fabian, Fabian, á quien ella ama como hubiera amado á su madre, como amaría la luz el ciego si sus pupilas lograsen distinguirla.

Si, le ama! no tengo duda de ello: leo en su alma como leería en las blancas páginas de un libro donde empezaran á trazarse las primeras palabras.

En verdad que ese amor tímido, oculto, infantil casi, se asemeja al limpio cristal de la serena fuente cuyo fondo se trasparenta y no á las aguas del impetuoso torrente que lo arrastra todo á su paso.

¡Oh! No te estremezca el símil, no: Yo soy ese torrente cuyo rápido y tempestuoso curso sabe romper los diques y saltar sobre los precipicios.

¡Yo llegaré á donde me he propuesto, te lo juro; yo conseguire el logro de mis deseos, sean cuales sean los medios que deba emplear para ello!

Por de pronto, y ayudada de mi padre, procuraré impedir que Angelina y Fabian vuelvan á verse.

Mi padre me ama demasiado, y no te se oculta que duda hoy, como dudó un día, de la legitimidad de esa niña, gracias á los medios que supe emplear para derramar en su alma la sombra de una sospecha.

Me dirás que esto fué cruel, que fué infame: no trato de negarlo. Pero así me convenía y así sucedió.

Si no ¿qué papel hubiera yo representado en esta casa, en donde una mujer joven, bella y rica entraba á ocupar el lugar de mi madre?

¡Oh! un papel bien triste y bien secundario por cierto.

Á no haber sembrado la desunión entre mi padre y su nueva esposa, Blanca hubiera dominado á este por completo, y yo hubiese quedado relegada al olvido y á la nada.

Separados por los celos, nada tuve que temer: fuí, no solo la confidenta, sino el único afecto de mi padre, y mi voluntad rigió esta casa, en la que seguí ejerciendo el dominio que estuve próxima á perder.

De este modo también, tuve en mi padre un aliado, que no se opuso á ninguno de mis cálculos, á ninguno de mis proyectos.

Ahora también me sirven los hechos pasados para separarle de esta niña, á quien no se decide á creer hija suya.

Á no ser por esta vacilación, á no ser por esta incertidumbre, acaso Angelina se haría dueña de su voluntad, y un sentimiento de justicia le haría oponerse á mis planes.

Porque esta niña, que renace hoy á la vida, esta niña cuyos primeros años han pasado sumidos en el idiotismo y la inacción; curada milagrosamente, es bella, inocente, amante, sen-

cilla, y capaz de hacerse amar, y de ser dueña del alma.

¡Oh! si tú la vieras! Si pudieras contemplar como yo su serena mirada, inteligente á veces, á veces interrogadora, pero siempre inocente y cándida, siempre amorosa. ¡Se parece tanto á su madre! tanto, que á veces me figuro que es el alma de Blanca quien se asoma á sus ojos, reconviéndome tristemente por haberla hecho tan infeliz.

Esto me produce algo que no me sé explicar; un sentimiento penoso que quizá tendría el nombre de remordimiento, pero que no quiero analizar.

Por eso también anhelo separar de mi lado á Angelina. Si su presencia me fatiga, ¿por qué tenerla continuamente junto á mí? Estoy, pues, resuelta. Es preciso que vaya á un convento; á un convento donde nadie sepa que está, ni lo oír hablar con ella; á un convento ignorado, sobre todo de Fabian, y á donde solo mi padre y yo podamos hablar con ella.

Así, mas tarde ó mas temprano cederá á mis deseos y renunciará su herencia en mi favor, puesto que sabremos obligarla á tomar el velo.

Todo esto lo llevaré á cabo sin que nadie lo sospeche, y mi hermana saldrá de esta casa donde no debe volver, sin que ni Susana ni las demás criadas sepan á donde la llevamos.

Si mi padre duda, si se niega á mis deseos, yo sabré obligarle fingiendo una historia de amores entre Angelina y alguno de nuestros dependientes: Julio, por ejemplo, Julio que ya me sirvió una vez y que hará siempre mi voluntad.

Ya sabes todos mis proyectos; ya sabes todas mis resoluciones, y ahora te diré para concluir, y te lo diré muy bajo, pues hasta á mí misma quisiera ocultarlo, que no es solo el interés de una fortuna lo que hoy me guía: ¡son los celos! los celos que me inspira esta niña, que se atreve á amar á Fabian, y á quien él no sé si ama también.

Ya ves que esto sería mi mayor desgracia, y que lo evitaré separándolos, ó me vengaré haciendo que jamás vuelvan á verse.

Adios Edmunda, adios: ya ves que las circunstancias me empujan al mal, y que no es mía la culpa si cedo y caigo arrastrada por ellas.

VALERIA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Es extraño todo esto, murmuró la anciana fijando sus ojos en aquella misteriosa carta y en las palabras trazadas en el sobre escrito... «Sed la depositaria, Virgen Santísima, de este papel que encierra el porvenir de mi pobre esposo,» eso dice, no hay duda.

—¿Y que haremos? preguntó Julieta con afán.

—¿Abriremos la carta? añadió Adolfo con el mismo interés que su hermana.

—Difícil me es daros la contestación de este asunto, hijos míos, dijo la Marquesa pensativa; pues en verdad no sé si tendremos derecho para abrir una carta que no está dirigida á nosotros.

—Entonces, ¿qué haremos, preguntó Adolfo con afán.

—No sé... no me atrevo á resolver...

—¿Como, abuelita, tú que todo lo entiendes, que has aprendido tanto, no sabes que hacer ahora? exclamó Julieta, que en su infantil confianza no creía que hubiese nadie tan sabio como aquella anciana.

—Hija mía, respondió esta dulcemente, cuanto mas estudia el hombre, mas aprende á conocer que no sabe nada; pero, en fin, como es preciso hacer algo, lo consultaré mañana con el buen párroco y él decidirá lo mejor.

—Pues qué, ese viejecito que parece tan modesto y tan sencillo sabe mas que tú?

—Indudablemente, y no solo mas que yo, que nada soy, hijos míos; si no que tratándose de las cosas de la conciencia, ese anciano tan humilde, es superior á los hombres mas ilustrados y mas eminentes.

—¿De veras? yo creí...

—Dios le ha colocado en el puesto que ocupa, para enseñarnos la ciencia cristiana, la ciencia de conseguir nuestra salvación, y de caminar, rectamente por el camino que nos conduce á ella. El, hijos míos, pedirá equivocarse en el modo de juzgar nuestros asuntos, pero nosotros no nos equivocamos en seguir sus consejos.

—De modo que si nos enseñase algo malo....

—No es posible. El sacerdote representa á Dios sobre la tierra, y Dios no puede engañarse ni engañarnos. En todo caso, oídme bien: en todo caso, solo por dos motivos podían ser equivocados sus consejos. O por malicia ó por ignorancia. En el primer caso, Dios le pediría estrecha cuenta de ello, castigándole severamente por su falta, de la cual ninguna culpa nos alcanzaria á nosotros; y en el segundo, Dios le perdonaria, teniendo en cuenta su buena intención.

—De modo, abuelita, que siempre es bueno obedecer á los sacerdotes, y seguir en todo su opinión?

—Ya te he dicho que en las cosas de la religion y de conciencia solo á esto debemos atenernos.

—¿Aunque sean malos? pregunto la pequeña Julieta que no quería saber las cosas á medias, y que por desgracia habia oído decir que no todos los ministros del Señor eran santos y perfectos.

(Continuad.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.